

ILLUSTRATION

74

NON PLUS ULTRA



La desgracia

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . 5 50 id.
Pago en moneda, libranza o sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 14

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en España

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 9 Diciembre 1886

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

¡ALERTA!

Ya tenemos encima al enemigo! Solapadamente ha penetrado en España para hacernos sentir el rigor de su tiranía, usando los mismos procedimientos que para conquistarnos usaron los cartajineses de Amílcar, y los franceses de Napoleón. Empezó por halagarnos, y ha concluido haciéndonos sus prisioneros. Reina ya en nuestras montañas y en nuestras llanuras con absoluto imperio, y nos persigue con encarnizamiento hasta obligarnos á que nos encerremos acobardados en nuestros hogares, sin que allí aún nos sea posible librarnos de su saña.

Los campos cubiertos de desolación, las costas inundadas de tristeza, la muerte golpeando de continuo en los umbrales, la miseria extendiendo sus negras alas, todo dice que vá á ser terrible la guerra que se inaugura, y que en ella nos toca sufrir grandes penalidades. Vencerán quizá los robustos que se provean de recia armadura, y se abasten para resistir el sitio; pero, ¡cuantos de aquellos que por flacos, por míseros, ó por imprudentes no se defiendan, caerán en el combate! Ya que preciso es luchar, preciso es también procurarse las indispensables armas. Por ley de propia conservación; por que nos debemos á nuestras familias; porque ante Dios y ante la Sociedad somos responsables de nuestras vidas, obligados venimos á no reparar en medios de defensa contra un enemigo que para vencer adopta como lícitas toda clase de emboscadas.

Eal corramos á los arsenales, y prepare cada uno su plan de campaña, y ¡guerra sin cuartel al enemigo!

Pero, entendámonos, amigo lector; cuando te aconsejo que acudas á pertrecharte en los arsenales, no digo que te procures fusil, pólvora y sable en ningún parque de artillería. Lo que digo es que vayas á casa el sastre, y á la fonda, á vestirte tupidas ropas, y á saborear succulentos platos; porque el enemigo á que aludo, aunque más implacable que Attila, no es ningún conquistador de carne y hueso, sino un conjunto de escarchas, de sutiles brisas, y de noches largas y tristes, á quien universalmente se conoce con el nombre de *Invierno*, el cual con le su cortejo de pulmonías, catarros, y otras cien calamidades, contra las cuales sólo sirven el abrigo de pieles, y el caliente y nutritivo tasajo, se nos cuela por todas partes con gran descoco.

El Invierno! he aquí el enemigo; pero el enemigo de los pobres, porque de los ricos es el gran adulator. Gran adulator, sí; porque dándonos ocasión de lucir en paseo la charolada carroza, y en el teatro el afelpado traje, y de gozar en el alfombrado salón dulcemente caldeado por la estufa las voluptuosidades de la pereza, ó los sonoros estremecimientos del safo, les dice cuan superiores en el mundo son, á los que, mientras la ventisca azota las calles y la nieve agobia los tejados, andan á pié sin una mala capa soplándose los dedos, ó tiritan metidos en un cuchitril donde raras veces se huele el apacible vaho del puchero.

Presumo que si no hubiese invierno, el rico valdría ménos de lo que vale, porque cual más, cual ménos, todos los pobres estarían en poder de gozar lo mismo que él, ya que los beneficios de la riqueza no consisten sino en proporcionar comodidades artificiales; pues los de la naturaleza sin dispendio de dinero son fáciles de conseguir. El aire templado, las amenas frondas, los deleitosos panoramas, la cantata de los pájaros, el agua sabrosa y fresca que en estación de verano corren los poderosos á gozar, ¡decidme donde están, sino en sitios de ganapanes zafios y harapientos?

Por esto, yo que creo en la ley de las simpatías, y estoy convencido de que lo semejante busca á su semejante, al ver que la pobreza es amiga de las afirmaciones de la naturaleza, que son espléndido sol, días largos, prados en lozanía, coros de aves, hojosas selvas, calor, fuerza y movimiento, y que la riqueza sólo gusta de sus negaciones que son candelabros de gas, veladas interminables, umbráculos, pianos, caloríferos, molicie y reposo, tengo para mí que la pobreza es cosa natural, al paso que es cosa meramente de artificio la riqueza.

Y por esto opino, que el que tenga cuatro duros nunca puede gastarlos con más provecho para su comodidad que empleándolos en los artificios de la sastrería y de la cocina, ahora que el invierno, este compendio de todas las negaciones de la vida, nos entra por asalto.

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASION por Pedro Huguet y Campaná

(Continuación)

XII

Coronado de mieses y de flores y encendida la faz, de nuevo Junio

tor
á h
cor
que
se i
can
dej
y a
la l
I
de r
en i
el r
que
y el
á cu
de c
dier
me
que,
laza
proc
de l
per
el re
jurat
comu
en q
cuan
ilus
rosal
con
el ár
nuest
blanc
ibam
del v
al de
nuest
Todo
en va
pasar
El
acosti
ceñid
silenc
más q
de un
llegab
la imp
la vidi
¡Oh! q
el viej
indifer
de Lui
no per
Senti
que cr
fibras
chorro
Cua
robó, y
me vi
Huir q
si com
aquel s
El dol
febril e
y hasta
ahullid
De eng
al fin b
Vime a
de un d
hallar e
y en Le
sursand

tornó á inundar de risas la pradera á henchir de luz el cielo, y de sonantes coros la selva. Como inquieto pájaro que, abierto de su cárcel el portillo, se arroja al aire con gorgéo alegre cantando libertad, así yo entonces dejé de la ciudad las negras calles, y al campo fui, calenturienta el alma, la hermosa estrella de mi amor buscando.

Llegué á la aldea que fué un día templo de mi casta pasión. ¡Oh! que armonías en mis oídos sonaron cuando pude el rumor escuchar de aquel arroyo que de mi Luisa retrató la imagen, y el murmullo gentil de aquellos bosques, á cuyas hojas, corazón y labios de dos amantes tan divinos sonos dieron á repetir! ¡Con qué locura me lancé á recorrer aquellas sendas que, en dulce nudo á mi Luisa un día lazado, recorrí! ¡Cómo con voces procuré despertar los ecos mudos de la honda gruta y del peñasco agreste, per si ellos aún sabían retornarme el repetido són de aquellos tiernos juramentos de amor! ¡Ay! todo, todo como antes lo encontré la misma roca en que los dos solíamos sentarnos, cuando rendidos, al bajar del monte ilusos fantaseábamos: el mismo rosál en que cogí el primer capullo con que las trenzas de Luisa ornara: el árbol mismo en cuyo pardo tronco nuestros nombres grabé: las mismas piedras blancas y rojas que en la clara fuente íbamos á mirar; el mismo bronce del viejo campanario, que vibrando al declinar la tarde, tantas veces nuestro éxtasis turbó! ¡Todo como antes! Todo menos Luisa! En vano! ¡ay! triste! en vano la esperé! Días y días pasaron para mí sin sol ni aurora!

El antiguo casal que de mi amada acostumbrado albergue era en verano, ceñido siempre le miré de torvo silencio y fría soledad, que nadie más que el ladrillo de un mastín, ó el trino de un ave refugiada entre unas grietas llegaba á interrumpir. Ya rebotando la impaciencia en mi pecho, me era odiosa la vida que sin Luisa allí pasaba. ¡Oh! que cruel puñal me hundió hasta el pomo el viejo guarda cuando á mis preguntas indiferente contestó que el padre de Luisa en la corte establecido no pensaba volver á aquella aldea! Senti en mi corazón algo candente que cruzó desgarrándose de golpe fibras, y fibras, y la diurna lumbre chorro de sangre pareció á mis ojos.

Cual ave implume que un gahán el nido robó, y deshecho lo esparció á los aires, me vi en aquel paraje desolado. Huir quería; pero, á dónde, á dónde? si como imán mis pies encadenaba aquel sueo, teatro de mi gloria! El dolor lme cegó: despavorido febril erré por una y otra senda, y hasta el delirio en mi garganta puso ahullidos de blasfemia contra el cielo. De entre el hervor de mi locura insigne al fin brotó la inspiración más pura. Víme aterrado por las bravas ondas de un destino feliz, donde creía hallar de amor siempre florido el lauro, y en Leandro pensé, cuando del Ponto, surcando ansioso las revueltas aguas,

roto y sangriento al despuntar la aurora de Hero á las plantas arribó cadáver; Y paleta, frenético, y pinceles tomé, y sin tregua sobre vasta tela, el cuadro que bullía en mi cerebro copié con tal ardor y tal delirio, que al resonar las otoñales brisas ya contemplé acabado mi trabajo.

En él puse mi afán, y mi cariño mi alma y mi corazón, ¿cómo no había de encarnar todo el ser ¡de mis entrañas! Leandro tendido en la espumante arena revuelto en algas el llagado cuerpo, y aun en los ojos fulgurando el rayo de aquel amor que las amargas olas á extinguir no bastaron turbulentas, era yo, era yo, que del destino juguete, y de mis sueños derribado, sobre las sombras de mi infausta suerte lanzaba llamas de pasión; y aquella Hero llorosa en la desierta playa, era Luisa con sus ojos garzos, sus madejas doradas en los hombros, su talle esbelto, sus facciones dulces, gracia, candor y divina hechizo.

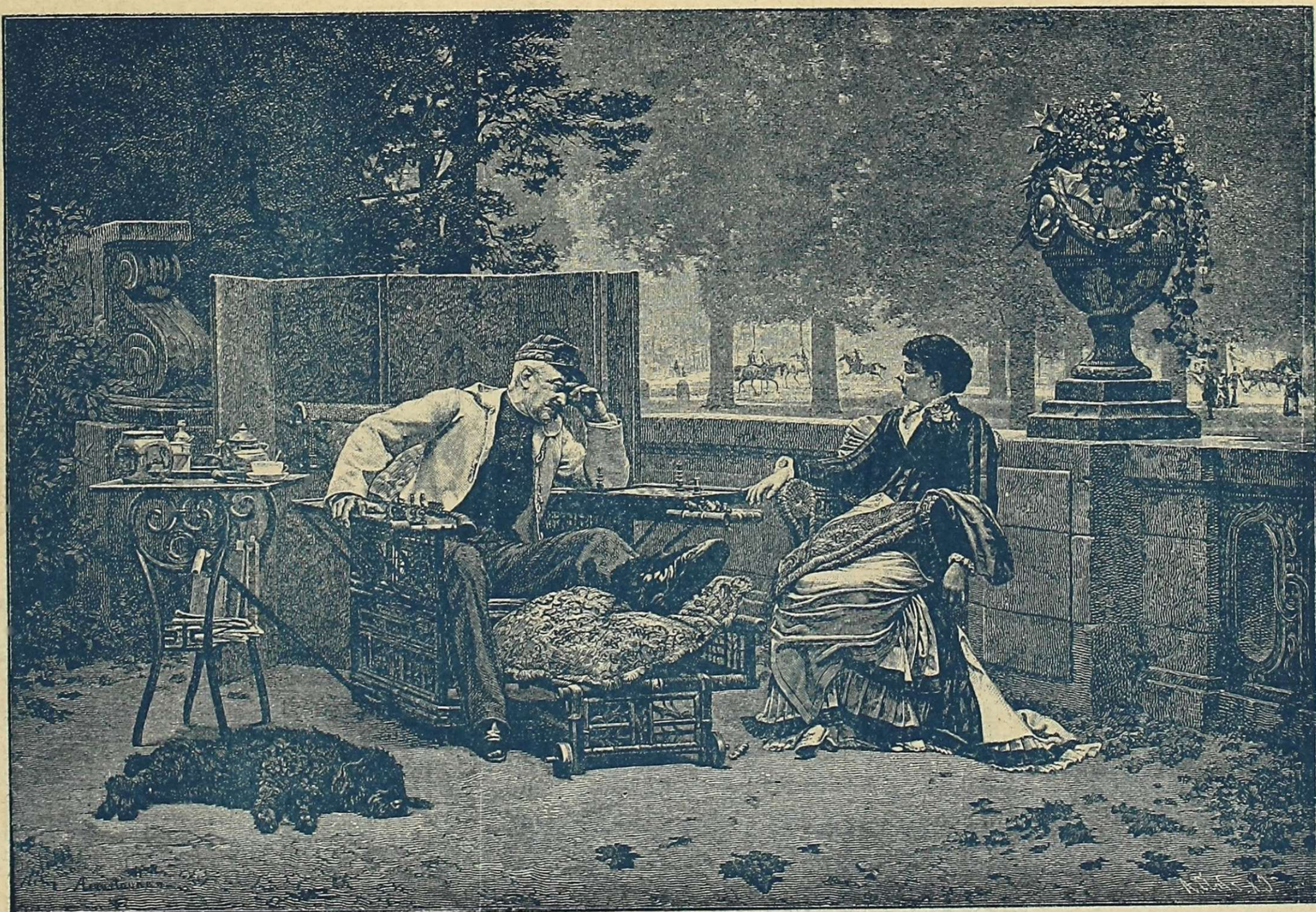
Por entonces á público certamen convocaba el Gobierno á los pintores, y reñir en la artística palestra, tanto por ansia del honroso lauro, como por ciego impulso del deseo que de esplayar sentía mis pesares, sin vagar decidí. Como imprudente, consejo á nadie demandé: mi cuadro pretexto fué para el viaje. Henchido de quimeras la mente y de ternezas cargado el corazón, volé á la corte. Desde que el tren con resonante estruendo comenzó á patear la ferro-vía, hasta que atrás dejando las llanuras de Aragón y Castilla desoladas vi la silueta de Madrid alzarse como un gigante panteón, ¡qué triunfos, qué imágenes, qué sueños, qué ilusiones, cruzaron por mi loca fantasía! Ya me fingía en la exaltada mente, alzado en alas del ruidoso aplauso, cojer coronas á mi sien ceñidas y de Luisa á las plantas arrojarlas! Y me fingía que mi nombre en ecos la fama derramando voladora, gloria, y tesoros, y envidiados timbres, llovían sobre mí; que yo orgulloso señalando á Luisa á todo el mundo «¡esto es suyo! ¡esto es suyo!» protería, y ella, tremente de rubor celeste, cayendo entre mis brazos sollozaba, «es mi amor, es mi amor, mi bien querido, ese que todos deseáis robarme!»

Así llegué á la corte como un loco; de terminarse el plazo estaba á punto en que podían admitirse cuadros: el mio presenté; fuéme admitido; y, ya contando el triunfo por seguro, dime sin tregua á recorrer las calles, visitar templos, é inquirir noticias para encontrar el luminoso rastro de mi desvanecida ilusión bella, y cayendo á sus plantas balbuciente decirle: «¡ingrata, ingrata! me dejaste, mas te busqué, y tras de tu huella vengo: tú, corona de espigas me ceñiste, yo te la entrego de laurel ahora: mira quien de los dos más de amor sabe!»

(Se continuará)



El goloso



Matrimonio de conveniencia

EPIGRAMAS

En el baile entró Inés con risa franca,
el lábio rojo, y la mejilla blanca,
del baile salió con mil congojas,
el lábio blanco, y las mejillas rojas.
Ay! que suele traer mil sinsabores
todo rápido cambio de colores!

**

La vió pasar, y enrojeció el doncel...
y al trimestre no más del día aquel
cuando pasó el doncel enrojeció ella.

UN INGLÉS EXCÉNTRICO

—i-i-i—

(Conclusión)

Alfredo se restregó una y dos veces las ojos para cerciorarse de que no soñaba. Efectivamente tenía en la mano el talón que espresaba la carta, ¿Será esto una broma? ¿Será una estratagemas? Esto pensaba Alfredo, pero en tales pensamientos se encontró casi sin advertirlo delante del Banco, y diez minutos más tarde ya estaba de regreso llevando el millón en el bolsillo.

Su primer impulso fué dirigirse al domicilio de su generoso donante, pero una vez allí le dijeron que el inglés había salido de Madrid sin manifestar otra cosa sino que regresaría dentro de un año.

Aprovechó este tiempo Alfredo para emprender nuevos negocios con afán y celo, con la idea de aumentar su capital, y devolver luego el millón al inglés. A los doce meses su fortuna era ya de dos millones. Entonces supo que su protector vivía en París, y emprendió el viaje para darle gracias y devolverle el dinero.

—¿A quién tengo el honor de hablar? dijo el inglés haciéndose el desentendido, cuando se le presentó el joven.

—¿Cómo! ¿no recuerda V. á aquel joven que una noche se portó groseramente con V. en el teatro de Madrid?

—¡Ah, ya caigo!

—Pues sí señor, gracias á la generosidad de V. he recobrado la fortuna que tenía perdida, y ahora vengo á devolverle aquella cantidad que V. me prestó con un desprendimiento que jamás podré agradecer bastante.

—¡Oh! quite V.! Yo cuando hago las cosas, no las hago á medias. No admitiré esta suma hasta que usted haya triplicado su fortuna, y sea completamente feliz.

Y no hubo medio de persuadir al inglés. Alfredo

tuvo que volverse con todo su capital.

Siguió nuestro joven trabajando, y siguió la suerte sonriéndole. Al cabo de dos años el inglés regresó á Madrid, y Alfredo fué á visitarle.

—Mi querido protector, le dijo Alfredo: gozo hoy día una posición brillantísima; poseo tres millones de duros.

—Me alegro. ¿Qué más ambiciona V.?

—Casarme con Matilde, la mujer querida de toda mi vida.

—Y ese matrimonio cuándo se efectuará?

—Dentro quince días. Y ruego á V. que me ayude.

—Eso no puede ser. Pero asistiré al banquete.

A los quince días se celebró el casamiento, al cual concurrió lo más granado de la sociedad madrileña. A eso de las once de la noche, cuando los convidados se hallaban en el colmo de la alegría bailando al son de deliciosa orquesta, un lacayo anunció la llegada del inglés.

Al oírlo exclamó Alfredo dirigiéndose á los presentes:

—Señores, ahora va á entrar el hombre á quien debo cuanto soy; espero que le honraráis más que á mí mismo.

En este instante apareció el inglés, y sin responder al afectuoso saludo de Alfredo, gritó con voz destemplada por la cólera:

—Señor de Morante, esta noche vamos á batirnos.

Imposible describir el efecto que produjeron estas palabras. Alfredo quedó aterrado sin acertar á componer una frase.

El inglés impertérrito, pero siempre con voz terrible, continuó:

—Señores, este caballero me insultó y quiso reñir un duelo conmigo, pero en aquél entonces no tenía él nada que perder, y por eso quería matar al primer hombre que encontrase. Se encontró casualmente conmigo, que vivía feliz. El duelo era desigual. Hoy que es millonario, posee la mujer anada, tiene un nombre social respetado, y goza toda clase de felicidades, han cambiado las circunstancias. Le he igualado á mí, para batirme. Y á eso vengo.

—¡Jamás! contestó al fin Alfredo; yo no puedo atender contra mi protector.

—Lo veremos; repuso el inglés.

Y al mismo tiempo chasqueó una terrible bofetada que hizo caer de espaldas á Alfredo.

Esta afrenta, la mayor que puede inferirse á un hombre, recibida tan públicamente, no podía quedar impune.

Las condiciones del duelo quedaron inmediatamente convenidas.

Y al amanecer, en el mismo jardín de aquel palacio que pocas horas antes se estremecía con el estruendo de las músicas, sonaron dos tiros.

Un hombre cayó ensangrentado al suelo.

Matilde era viuda.

NUESTRAS LÁMINAS

LA DESGRACIA

Deidad volaria y poderosa es la fortuna. Bástale apartar el rostro, para causar la infelicidad de cuantos mirara risueña. Porque entonces el sereno porvenir se anubla, la rueda de la prosperidad se rompe, las palomas de Venus se vuelven gavilanes, las flores de la amistad degeneran en cardos, y el que estaba encumbrado cae á los embates de su enemiga suerte.

Esto es la Desgracia, negación del amor y la ventura, como la noche es la negación del día, y esto con peregrina originalidad ha dibujado el correcto lápiz del Sr. Planas.

EL GOLOSO

Terminó el almuerzo, pero aun quedaron algunas frutas y algunos pedazos de jamón en las fuentes de porcelana, y algunos sorbos de Jerez en las doradas botellas. El golosillo tuvo que contentarse durante la comida con una finísima raja de queso y un vaso de agua, amen de la consabida sopa y de la confortante ración de asado, y por lo mismo el alma se le puso bailando alrededor de las golosinas que escaparon de la voracidad de los comensales, y de las que gracias á la severidad de papá no pudo gustar.

Así es, que cuando todos abandonaron el comedor, el goloso que se quedó atisbando detrás de una vidriera, entró pisando menudo, y después de mirar recelosamente si alguien le observaba, empujó apresuradamente una, dos y hasta cinco veces la copita rebosante del vino prohibido.

En la culpa hallará la pena, como dice el refrán: porque el dios Baco se le posesionará de la cabeza, haciéndole alegres cosquilleos, que el goloso pagará con un severo castigo.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Nuestra lámina representa una escena digna de estudio por todos conceptos entre dos seres unidos, no por el cariño, sino tan sólo por la conveniencia. Hermosa ella, de familia distinguida, pero con escasa fortuna que no le permitía satisfacer sus aspiraciones de lujo y boato, encontró el hombre que le convenía en el general X, hoy su esposo, distinguido militar que tanta gloria había ganado en sus campañas. El que se vió lejos de la juventud, soltero y rico, creyó hallar su felicidad en aquella hermosa joven tan distinguida y con quien podría, enlazada de su brazo, rodeada del esplendor de su posición y fortuna, despertar la admiración del mundo.

Unieronse el invierno y la primavera, sus rayos caloríficos no fueron suficientes para encender el fuego sagrado del amor y pronto el aburrimiento reinó en la mansión de la dicha debía imperar. Tan sólo por puro compromiso comparte la esposa sus horas jugando al ajedrez con el anciano general quien gotoso, clavado en un sillón no sirve ni para acompañarla en coche á los paseos ó teatros. Ella, la vista en el juego y el pensamiento lejos, contempla con frecuencia las damas y caballeros que cruzan el paseo que se divisa desde su jardín y con ellos va su alma aunque su cuerpo permanezca fijo, moviendo sólo sus manos maquinalmente las piezas del juego.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica 2. Pasaje.

EL SI

El hombre que pregunta con vehemencia
si le ama, á una mujer,
halla entre el *si* y el *no* la diferencia
que hay de ser á no ser.
Un *no* es cortar las alas al desco;
agostar la ilusión;
con un clavo, ó un bote de torneo,
pasar el corazón.
Negar al que padece catarata
la luz con que sonó:
¡triste del hombre, á quien mujer ingrata
le dice siempre *nó!*

EL BESO

Un beso es el lazo que junta dos almas,
cual juntan dos palmas
las auras que llevan el pólen de amor.
Un beso es arrullo que el corazón canta;
es la explosión santa,
de un no revelado volcánico ardor.
Los labios que besan són plácidas olas,
són frescas corolas,
que mezclan sus sonos, que mezclan su olor:
són dos rojas conchas, que uniéndose en una,
preparan la cuna
en donde sonrie Cupido traidor.

ALZA

Qué ingenioso es D. Tomate!
¡qué chiste! y, qué gracia loca!
(Por más que no abra la boca
sin decir un disparate.)
Y qué cara más feliz,
y de perfecciones llenal
(Aunque tenga la nariz
del color de berengena.)
Y en cuanto á honra? ¡Qué honra aquella!
Más limpias ya no se dán:
(Y tiene más manchas ella
que traje de sacristán.)
Pues siendo tan majadero
¿qué tiene que así le realza?
Nada: que ha jugado *al alza*,
y ganó mucho dinero.

INOCENCIA

Ojos que van pidiendo — una caricia,
son ojos de inocencia — ó de malicia?
Cuando un hombre les habla, — y ellos retozan,
es que tentan anhelan — y se alborozan?
O es que no comprendiendo — la picardía,
la transforman, si la oyen, — en alegría?
La inocencia y malicia, — ¿dónde tienen centro?
en el picante rostro, — ó bien del pecho adentro?

PARTIDA

La nave al mar se lanza! — ¿quién sabe su destino?
¿quién sabe entre las olas — lo que escondido está?
las nieblas y los vientos — le borran el camino:
¿quién sabe si la nave — al puerto volverá?
La esposa desolada — del pobre marinero,
le envía su saludo — de lo alto de un peñón:
perdida ya la nave — en el confin postrero,
aún la triste esposa — la ve en su corazón.
Cual viuda permanece — en la desierta playa
llorando sin consuelo — la misera mujer...
¡Ay nave que has partido! — de tu quilla la raya
en estas mismas ondas — ¿quién la volverá á ver!

NOTAS ALTAS

Todas las noches Felipe
iba á cantar en voz baja
su volcánica pasión
ante el portal de su amada.
Como quería que nadie
su triste canto notara,
cuando se acercó el sereno
se encaramó á una ventana.
Oyó en la ventana ruido,
y al balcón trepó con ansia,
ladró un perrito faldero
y presto el tejado asalta.
De modo que por querer
cantar con notas muy bajas,
pasó á pasito subiendo
fué al cielo á cantar muy altas.

EL NO

El hombre que pregunta con vehemencia
si le ama, á una mujer,
halla entre el *si* y el *no* la diferencia
que hay de ser á no ser.
Un *si* es en alas del placer al cielo
subir, siempre subir;
beber el dulce néctar del consuelo
en copas de zafir.
Un *si* es la llave de la gloria, fuente
de amante frenesi:
¡feliz del hombre á quien mujer sonriente
le dice siempre *si!*

EL DESDÉN

Tener la manzana que al gusto provoca,
muy cerca la boca,
y de hambre muriendo
jamás poder su dulce humor gustar,
martirio es horrendo
que con otro jamás encontró par.
La fresca mejilla de moza galana
es suave manzana,
que causa embeleso
de quién sigue las vías del amor;
negarle con desdén tan sólo un beso
es negar vida, y prodigar dolor.

BAJA

Roto, triste, encanijado,
vá por las calles Ramón:
— ¡Ahora sí que me persuado
que este hombre es un gran bribón!
No halla quién en el lugar
admita su galanteo:
— ¡Pero cómo ha de agradar,
Señor, un hombre tan feo!
Y, no obstante, dicen muchos,
así, con cierto rebozo,
que Ramón es un buen mozo,
y no de los menos duchos.
¿Pues en qué consiste que harro
de él, todo el mundo hace raja?
— Pues, en que jugó á la *baja*,
y ha quedado sin un cuartol.

MALICIA

Quando una niña baja — de rubor llena
los ojos, ¿quién conoce — si rie ó pena?
Quién sabe si se espanta — de lo que ha oído,
ó de la frase aquella — busca el sentido?
Si el rubor es el manto — de la inocencia,
es que busca un refugio — en su conciencia.
Más si el rubor todo esto — no significa,
el tal rubor entonces — cómo se explica?

LA VUELTA

¡Con qué afán el marino — de nuevo ver desea,
después de mil azares — corridos en la mar,
las costas de la patria, los campos de la aldea,
las crestas de los montes, el techo del hogar!
Allá á lo lejos mira — cual cintas de tinieblas
extrañas y confusas — mil sombras en montón,
y duda si esas sombras — son costas ó son nieblas,
ó bien el espejismo — falaz de una ilusión.
Pero la nave vuela — y la distancia acorta,
las sombras se perfilan — creciendo cada vez;
¡son playas! ¡es la patria! — ¡Morir ya no le importa!
tumba tendrá dónde cuna — tenía en su niñez!

NOTAS BAJAS

El monaguillo Silvestre
tiene una voz de trompeta
que con su agudo respingo
llena de gallos la iglesia.
— «Que pongas freno á la voz
siempre que cantes completas;»
le dijo al fin el sochantre,
qu' es hombre de poca flemma.
Y como Silvestre achaca
á envidia estas advertencias,
dió un tía, por darse tono,
seis notas con tal violencia,
que de un puntapié el sochantre
le hizo rodar la escalera.
Así acaba en notas bajas
el que por *altas* comienza.

